

Aun así, Mendoza destaca, sobre todo, como valeroso guerrero, como consejero sabio y discreto y como promotor de cultura y del buen gusto. Los Reyes Católicos le distinguieron llamándole por primera vez con el título de Cardenal de España, que después han llevado todos los que se sentaron en la Silla Primada.

Con su trabajo, Ramón de Lacadena se convierte en un apasionado biógrafo —en momentos casi hagiógrafo— del más grande estratega de la Edad Media española, considerado por algunos como «el tercer rey de España».

Seis relatos

El Último ajusticiado y otras historias de la Inquisición se trata de una interesante recopilación de seis relatos sobre grandes procesos de la Inquisición sufridos, a lo largo de la historia, por personajes tan conocidos como Tomás Moro, Jerónimo Savonarola o seres anónimos que se vieron sometidos al sufrimiento, al dolor y la muerte.

Basándose en sus propias reflexiones, fundamentadas en varios años de investigación y consultas de archivo, César Vidal intenta resolver, en seis novelas cortas y de amena lectura, algunos de los enigmas de los grandes procesos inquisitoriales.

La primera historia cuenta la vida, pasión y muerte de Cayetano Ripoll, maestro de Busafa (Valencia), que fue un personaje rigurosamente histórico. «Seguramente —comenta Vidal—, los jueces y verdugos de Ripoll estaban convencidos de que llevaban a cabo una obra cívica y piadosa arrancándole la vida. En realidad, sólo se convertían en paradigma de uno de los principios especialmente relacionados con el lado más siniestro de la naturaleza humana, aquel que señala que ciertas sociedades no sólo no premian a aquellos que, siendo mejores que otros, se dan cita en su seno, sino que, además, los destruyen».

La furia de Dios es el título de la segunda historia, y se centra en la controvertida figura de Savonarola. Por esto, precisamente, el autor opta por presentar a su personaje de una manera poliédrica: «Resulta obvio —escribe— que ni Alejandro VI, ni Lorenzo de Medici, ni fray Silvestre ni él mismo vieron sus actividades de la misma manera, pero todas ellas son indispensables para acercarse al personaje».

El inquisidor decapitado recoge una desmitificadora historia de Tomás Moro. Para César Vidal, lo que caracterizó medularmente al canciller inglés no fue la defensa de la libertad de conciencia —que

aborrecía completamente—, sino el deseo de preservar un universo medieval gobernado espiritualmente por la Iglesia católica, a la que consideraba única y verdadera depositaria de la fe. «Precisamente por ello —afirma— supo captar desde un principio el peligro que para esa cosmovisión representaba la Reforma protestante».

Los acontecimientos relatados en la cuarta historia se corresponden con la verdad histórica: el inicio de reforma de la Iglesia surgido en Alcalá de Henares bajo los auspicios de Cisneros, la represión a la que se sometió a sus defensores tras la muerte del cardenal, la historia de Pedro de Lerma y la de su sobrino, Francisco de Enzinas. La existencia de dos papas —incluso tres— al mismo tiempo, la corrupción generalizada del clero, las imposiciones regias sobre la Santa Sede o la ejecución de los cristianos partidarios de una reforma que acabara con esa situación, son los escandalosos episodios de la quinta historia de Vidal. «Debo insistir —escribe— en que todos ellos son rigurosamente históricos y que en esta novela son descritos de manera breve y sucinta, pero totalmente acorde con la documentación que ha llegado hasta nosotros».

En la sexta y última novela el lector se encuentra metido men-

talmente en las imágenes de un proceso de los muchos llevados a cabo en los siglos XVI y XVII. Lo terrible es que —como apunta el propio autor—, pese a las apariencias, esta novela se desarrolla en las primeras décadas del siglo XX y narra acontecimientos reales que sólo pudieron documentarse en la década de los años noventa con la desclasificación de los archivos de la KGB.

El libro de César Vidal es un trabajo polémico y revelador que consigue descifrar algunas claves de la historia secreta de la Inquisición y de todo tipo de inquisiciones.

Isabel de Armas

Las ascuas encendidas de la memoria*

José Antonio Muñoz Rojas (Antequera 1909) es uno de los escritores más representativos de la denominada Generación de 1936. Superviviente como Ramón Gaya o Sánchez Vázquez de aquel grupo de la República, su poesía

* *José Antonio Muñoz Rojas, Rescaldos, Sevilla, Point de Lunettes, 2005.*

se mueve entre una vertiente popular que tiene su fundamento en el romance y una tradición cultista de raigambre metafísica que sienta sus bases tanto en Espinosa como en la corriente inglesa de un Donne, Crashaw o el jesuita Hopkins, a quienes ha llegado a traducir. Como muchos de sus coetáneos (Rosales o Gil-Albert), Muñoz Rojas se caracteriza por la reflexión en torno a la cotidianidad de la existencia donde la memoria tiene una función predominante junto al gusto por el paraíso perdido de la infancia y el ser humano en armonía con la naturaleza, adquiriendo su poesía un tono horaciano de hondo lirismo que se acrecienta con el acento confesional del alma. *Rescaldos* (2005), bellamente editado por la Colección Cáliz Verde de la Editorial Point de Lunettes sevillana, con prólogo de Antonio Carvajal y notas de Clara Martínez Mesa, —muestra como su mismo título indica— ese afán de supervivencia frente a la angustia del tiempo que muchas de sus obras presentaban, ya bajo la imagen de las musarañas, ya bajo esas brasas del existir que todavía brillan entre las cenizas de la devastación temporal.

El poemario se agrupa en cinco secciones y una «Carta de Gredos». La primera parte, que lleva el epígrafe «Dones inadvertidos», se compone de cuatro textos en

prosa poética, dos de ellos epístolas dirigidas a una «Amiga mía», que es la tierra o la existencia misma, mientras el escritor explica con sencillez cómo hay instantes de belleza (la luz de la tarde, una nube, una muchacha, etc.) que nos pasan desapercibidos y son los que verdaderamente nos dan la dicha de vivir, idea que se extiende a la belleza de las mismas palabras cuando por ejemplo se recrea en el nombre «sosiego». Este motivo de reflexión sobre la escritura centraría el segundo texto con la idea de búsqueda de lo inefable, así en un intento por describir la poesía el autor llega incluso a su personificación mediante metáforas vitales lorquianas cuando señala que el verso es un corcel tremendo, corazón del mundo. La segunda sección llevaría por título «Calma y espera» y consta de cinco composiciones, las tres primeras tratan la compenetración del autor con el paisaje natural, son un canto a la tierra que se interioriza con el recuerdo pasado, mientras los dos poemas finales son poéticas, pues aluden a la función del nombrar: el pensamiento y sentimiento se hacen verbo y cobran vida en el texto, mientras otras emociones nunca adquirirán existencia porque la palabra se resuelve en libertad, concluyendo en una reflexión sobre la angustia de lo

dicho y el silencio, mera dialéctica metafísica de la vida humana que se debate entre la muerte y eternidad. La tercera sección consta de un poema largo que tiene por título «Sueño adentro» y que recoge ecos de *Oscuridad adentro* (1950-1980). Versificado en alejandrinos blancos donde los pares riman en asonancia /í-a/ el poeta trata el tema del recuerdo; las anáforas, repeticiones y el juego paralelístico estructuran la composición que cae en una alternancia entre memoria y olvido hasta inferir un tono existencial que se ve apoyado en imágenes como la del «pozo» o «sueño adentro», o la muerte, esa «ausencia sin noches ni orillas». Muñoz Rojas entraría dentro de esa poesía metafísica que ha determinado poemarios como *Consolaciones* (1955-1965), donde la reflexión sobre la brevedad de la existencia (que ya en *Cantos a Rosa* de 1954 había alcanzado una de sus cumbres más altas) se presenta bajo el símbolo de la belleza en lucha frente al tiempo destructor, porque en él la importancia vital de los sentidos es fundamental, junto al papel que el recuerdo tiene para intentar salvaguardar la vida que la misma poesía llega a configurar a un nivel metapoético, pues no se olvida que los «sueños se escriben en la sangre»; ilusiones que son también los versos que la amada

llena de colorido, pues ella pasea sus deseos por ellos como sombras sobre las paredes blancas (evocación de las páginas): juego de espacios reales y textuales que rozan el erotismo y el mismo acto de la escritura cuando ascender por la poesía es también un sueño arriba por el amor.

La cuarta parte la compone el «Salmo» con el que Muñoz Rojas entronca con la tradición unamuniana de angustia existencial, que los poetas de su generación y de la primera promoción hicieron suya, aunque en nuestro escritor malagueño el tono sea más contenido. No por ello el comienzo —marcado por la apelación a un elemento inmaterial como es la piedra— le resta emoción, pues el motivo de la sangre, el acento de desgarramiento íntimo y sobre todo la vitalidad de carácter panteísta nos evocan muchas composiciones de sus compañeros, con los que coincide en el tema del ser humano inmerso en lo terrenal y sus ansias de pervivencia; buenos ejemplos serían el Miguel Hernández del *Rayo que no cesa*, el Ridruejo de *Sonetos a la piedra* o incluso la María Zambrano de «Nostalgia de la tierra» que publicó en la revista *Los cuatro vientos* (1933), donde sintomáticamente él también colaboró. Las interrogaciones retóricas y las invocaciones al lector junto con personificaciones de